

LA SÍNTESIS EUCARÍSTICA

Por muchos análisis que se hagan de la Transición de la Dictadura al Estado de partidos, este fenómeno político no se comprenderá hasta que seamos capaces de aprehender de golpe, en un sólo acto de conocimiento, todas las contrariedades o contradicciones, las diversidades que la libertad ha introducido en la continuidad de una misma unidad de poder estatal incontrolado. El análisis es un punto de vista que puede ser completado o anulado desde otra perspectiva. Y la serie de análisis parciales nunca es completa. La visión del mundo, de cada todo social, requiere ser sintética. En términos kantianos, conocer es «sintetizar representaciones». La síntesis de la Transición consiste en la «vinculación de una pluralidad de libertades públicas a la unitaria continuidad del poder estatal incontrolado», sin necesidad de dictadura.

Estamos tan habituados a vivir sin conocer el sentido de la vida, tan acostumbrados a estar acomodados en las cosas culturales sin comprenderlas, tan inmersos en la parcialidad de las existencias individuales, que parece una odisea embarcarse en las aventuras del pensamiento sin fronteras, para llegar al conocimiento de lo global a través de la experiencia de lo particular o lo cercano. Más que en cualquier otra época anterior, el mundo político está determinando las formas culturales de su expresión. Y menos que antes podemos conocerlo de modo inmediato por intuición. Sabemos mejor lo que pasa en las estrellas y en la jungla animal que el acontecer en nuestras propias cosas de amor, de trabajo, de ocio y de Estado. Allí simplificamos y aquí complicamos. A medida que avanza la complejidad en las relaciones sociales, y la riqueza de sus análisis descompositivos, retrocede la posibilidad de su conocimiento sintético.

La síntesis que yo propongo para la Transición —«vinculación de las libertades públicas a la continuidad de un poder estatal sin control»— presenta como única dificultad la comprensión de lo que quiero decir con la palabra «vinculación». Pues nadie de buena fe podrá negar que la Transición colocó y dispuso las libertades personales en un sistema de poder estatal que no está, ni puede estar, controlado por la sociedad civil. El problema consiste en conocer la naturaleza de esa vinculación que, a simple vista, ya parece accidental y contradictoria. ¿Es una mera yuxtaposición de relaciones de libertad personal sobre una posición invariable de poder político? ¿O se trata, más bien, de una real y original composición de poder y libertad en recíprocas relaciones de influencia o de determinación? La síntesis primordial, la que captan los gobernados, la que espontáneamente une las libertades públicas al poder político sin control, no puede responder a esas cuestiones inaccesibles a las primeras intuiciones.



Solamente el análisis de lo que, en las uniones o combinaciones de elementos distintos o dispares, se presenta a la existencia social como dado por la situación o como

puesto por la voluntad (distinguiendo lo impuesto de lo contrapuesto, lo compuesto de lo dispuesto), permitirá alcanzar la visión de la naturaleza y el sentido de la vinculación, existente en el Estado de partidos, entre libertades públicas y poder estatal incontrolado. Haré el análisis de ese vínculo (que nadie ha osado en Europa, pese a la influencia que tuvo en la cultura moderna el Curso comimbrense de los jesuitas discípulos de Suárez), de esa transubstanciación del poder partidocrático en libertad política, de eso que, sin escándalo intelectual, permite llamarle democracia. Así se podrá llegar a una ulterior síntesis de la Transición que defina la relación de las libertades públicas con un poder no determinado ni controlado por ellas. Una síntesis que permite conocer el gran misterio de la eucaristía política.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

ENCUESTAS POR EL MÉTODO TRILLO

Voluntad de vencer. Eso es lo que hay que tener en el Ejército (entre otras muchas cosas, claro) y a Trillo, el ministro de los militares, le sobra. Por eso, cuando afronta un problema como el del «síndrome de los Balcanes», aplica esta parte de la doctrina, aprendida seguramente en sus tiempos de instrucción como oficial de la Armada.

¿Se necesita saber cómo se han tomado los soldados españoles destacados en la ex Yugoslavia el riesgo de padecer una enfermedad por proyectiles de uranio u otros motivos? Pues es fácil: el Ministerio de Defensa hace una encuesta, y ya está. Cuando dice

En sus «Cantos de adiós», Walt Whitman nos dice, para terminar, algo bellísimo: «Camaradas, esto no es un libro/ quien vuelve sus hojas toca un hombre». Creo que se puede aplicar con

justeza al último libro del maestro Antonio García Trevijano, la cabeza más lúcida y original de nuestro pensamiento político. Lo publica FOCA y se llama «Pasiones de servidumbre». Quien vuelve sus hojas y sabe leerlas con la morosidad y el placer que exigen los buenos caldos y las mejores faenas de amor y ayuntamiento, conoce y palpa el alma del autor. En su «Discurso de la República», Antonio examinó la trama, la urdimbre y las claves de actuación y penetración de la pasión de servidumbre voluntaria, esa necesidad pasional de sumisión a la autoridad por la que ésta se consolida y se potencia aunque sea ilegítima y se comporte como una estructura de opresión o como instrumento de una oligarquía gobernante. «Frente a la gran mentira» fue la obra en que García Trevijano desenmascaró el régimen implantado después de la Transición, llamándolo por su nombre. No es una democracia. Es un Estado



de partidos, una oligarquía de partidos estatales coronada por una monarquía segregada del franquismo. La democracia es otra cosa. Gobierno de las leyes, gobierno representativo y gobierno responsable. Todo

ello sólo es posible en un sistema presidido y penetrado por la libertad política, la única libertad inexistente en este sistema oligárquico y la única que define un régimen democrático. Harto de heladas y laboriosas naderías, de la propaganda boba y paniaguada de los «transicionales» de todas las especies, el pensamiento de García Trevijano estallaba de hondura, originalidad y libertad.

Pero hacía falta «la tercera». La tercera de la vengida. La síntesis plural y luminosa de García Trevijano sobre las pasiones más comunes y definidoras de los españoles y la función política que cumplen al servicio del poder. Un «paisaje de las pasiones» pintado con el conocimiento del que está dentro y el análisis distante y objetivo del que se sitúa como espectador, relator y casi entomólogo. Pero no neutral, ajeno y desapasionado. El autor examina la realidad de esas pasiones de servidumbre desde tres pasiones personales que no puede ni quiere contener: la libertad, la dignidad y el orgullo. Son la permanente incitación de la obra, la continua invitación del autor. «Todo es noble para el que se atreve a serlo», decía Goethe. La propensión humana a la nobleza no es menor que su pasión de corromperse, de obedecer o de corromper en lenguaje para que el idiotismo haga imposible la intercomprensión digna y creadora. «Es fácil vivir en el mundo conforme a la opinión del mundo; también lo es vivir en soledad conforme a la íntima opinión». Lo difícil es la pasión libertadora, la independencia mental y el coraje moral. Difícil y necesario. Sólo a su través se llega a las fuentes de la libertad política. «Todo hombre que es un verdadero hombre debe aprender a quedarse solo en medio de todos, a pensar solo por todos y, si es necesario, contra todos», decía Romain Rolland. García Trevijano lo sabe muy bien. Cercado por la infamia y acorralado por la envidia de los mediocres, su asco por la greña oligárquica lo dejó solo, mas no doliente; aislado, pero no comprimido o mutilado. Es una prodigiosa coincidencia que la aparición de esta obra luminosa, rebelde, insumisa e inquietante, creada por el principal artífice de «Otras razones», coincida con el fresco, desentuerto, provocador, hirsuto y deleitoso «Cubil de la Fiera», que encontró posada en LA RAZÓN los días consagrados a los senderos de Marte, «donde vomitan muerte los borrachos», si hemos de creer a Federico García en su «Oda a Walt Whitman». Más bien vomitan los mercenarios y los realquilados del imperio prista, que se ponen verdiamarillos de furor y de odio.

Juan BRAVO



Joaquín NAVARRO